APLAVSOS DE LA FE,

Y TRIVNFOS DE LA IGLESIA,

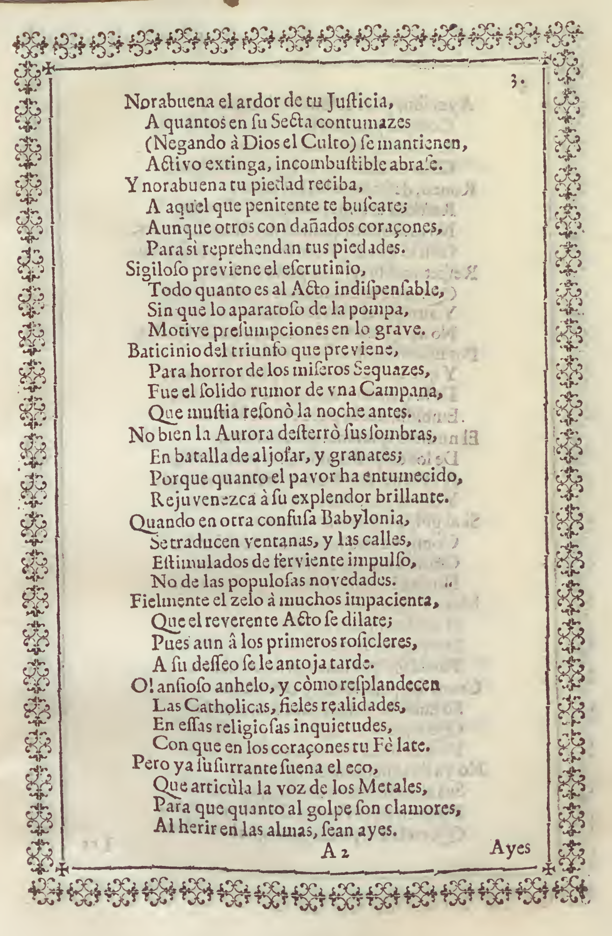
en el Auto particular, que se celebrò en esta Ciudad de Granada, el dia 25. de Junio, deste presente año de 1724.

POEMA HEROYCO.

QVièn arrebata con ferviente impulso,
La timida opresion, à donde yaze
Entorpecida la insapiente pluma,
Que aun no encontrarà aciertos en lo facil?
Quièn rompe de mi voz la ya antiquada,
Apetecida, silenciosa Carcel,
Donde son las cadenas que le anudan,
Las que le forman las dificultades?
Pero quièn puede ser, sino el plausible
Assumpto, que por cèlebre, no cabe
A escrivirlo el Buril, Papel, el Bronçe,
A anotarlo el Cincèl, por lienço, el Jaspe?
El Triunfo de la Fè, cuya Divina
Llama en mi pecho, tan ardiente arde,
Que podrà ser, que su bolcàn encienda,
Quanto del Numen lo insapiente apague.
Si el fuego material tiene dominio
Del tronco en la dureza vegetable;
Al tronco organizado, aquella llama,
Mas bien podrà eloquente supurarle.

Y si esta me ilumina, esta me alumbra,
Al labio lo Pigmèo, no acobarde;
Porque donde es la audacia sacrificio,
Los desseos, no ay duda son Gigantes.
Domingo veinte y cinco, mes de Junio,
De setecientos veinte y quatro, el Grande,
Heroyco Tribunal, Recto dispuso,
Que Auto particular se celebrasse.
Alegorico acaso, de su siempre
Doctissimo saber inimitable,
Fue la eleccion, supuesto que especùlo
Tanto mysterio, en las casualidades.
Dia felìz, en que el Pastor Divino,
De sus Ovejas conductor zelante,
A las que de su Grey se segregaron,
Las buelve al dichosissimo rescate.
Pues si desinancipado el loco hijo,
Los bienes que piadoso le diò el Padre
Mal empleò, reconocido el yerro,
El patrocinio busca en las piedades.
Dia en que si se acoge convertido,
A los Divinos, dulçes manantiales
De la fuente de Gracia, le recibe,
Benigno al ruego, al pedimento amable.
Cuya doctrina tanto resplandece,
En los plausibles Heroes venerables
De aquel Santo Areopago, que el castigo,
Lo vnivòca con dulçes suabidades.
O! Regio Triunvirato, en quien se mira
Tanto honor de la Fè, tantos realzes
De nuestra Religion: còmo reunes
A un tiempo lo severo, con lo afable!
Norabuena, frustrando los designios,
A donde prevarican los tenazes
Apostatas, disuadas los errores
De Hereticas infieles pravedades.

No



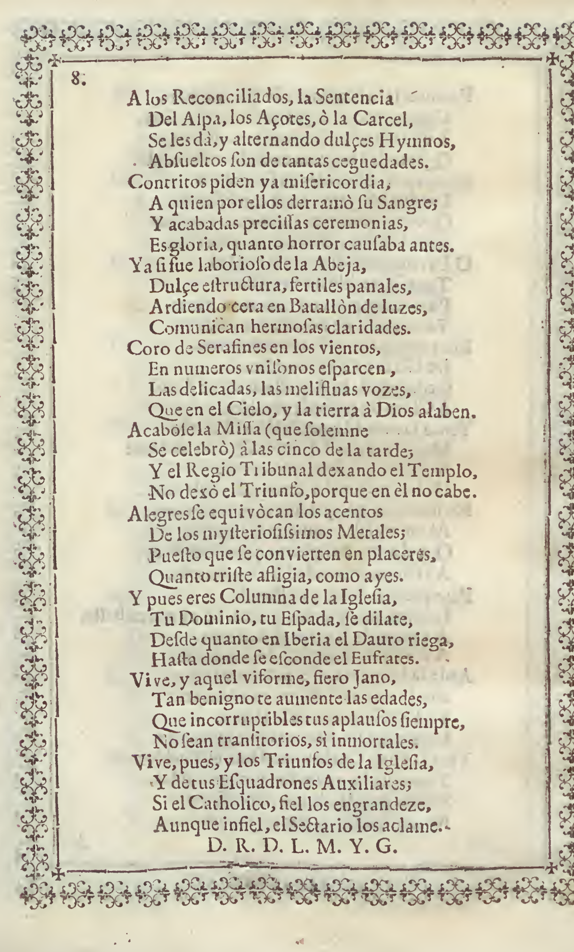
Norabuena el ardor de tu Justicia,
A quantos en su Secta contumazes
(Negando à Dios el Culto) se mantienen,
Activo extinga, incombustible abrase.
Y norabuena tu piedad reciba,
A aquel que penitente te buscare;
Aunque otros con dañados coraçones,
Para sì reprehendan tus piedades.
Sigiloso previene el escrutinio,
Todo quanto es al Acto indispensable,
Sin que lo aparatoso de la pompa,
Motive presumpciones en lo grave.
Baticinio del triunfo que previene,
Para horror de los miseros Sequazes,
Fue el solido rumor de vna Campana,
Que mustia resonò la noche antes.
No bien la Aurora desterrò sus sombras,
En batalla de aljofar, y granates;
Porque quanto el pavor ha entumecido,
Rejuvenezca à su explendor brillante.
Quando en otra confusa Babylonia,
Se traducen ventanas, y las calles,
Estimulados deferviente impulso,
No de las populosas novedades.
Fielmente el zelo à muchos impacienta,
Que el reverente Acto se dilate;
Pues aun â los primeros rosicleres,
A su desseo se le antoja tarde.
O! ansioso anhelo, y còmo resplandecen
Las Catholicas, fieles realidades,
En essas religiosas inquietudes,
Con que en los coraçones tu Fè late.
Pero ya susurrante suena el eco,
Que articùla la voz de los Metales,
Para que quanto al golpe son clamores,
Al herir en las almas, sean ayes.

Ayes ſon; pues el funebre lamento,
Conque pueblan la Esfera de los ayres,
Es idioma, que fatal explica
Ceſſa el Culto en la Igleſia Militante.
Ronco, deſentonado, luctuoſo,
Reſuena el triſte, congojoſo Parche:
No es mucho, quando myſticas ſus vozes,
Con lo que explican ſu razon, perſuaden.
Reſpetuoſo braço, empuña el Haſta,
Que es de la Exaltacion el Eſtandarte;
Y aunque el velo ſutil la forma oculta,
No ay quien no le conozca en las ſeñales.
Por mas mageſtuoſo luzimiento,
Y que la muchedumbre no embaraze,
De la Alhambra, reglada Compañia,
Embidia noble puede dar à Marte.
El numero quarenta precontiene,
De los empedernidos, torpes Manes,
A quienes diò durezas ſuerte el bronçe,
Y diò lo empedernido los diamantes.
Si al golpe del azero repetido,
Conſigue que la piedra ſe le ablande:
Còmo à tan repetidos eſcarmientos,
No dan lumbre los duros pedernales.
Mas ay! que à los engaños de ſu abuſo,
Si no dexan el Rito deteſtable;
Si oy no da lumbre, alada la materia,
Puede ſer que mañana dè bolcanes.
Crean ſon pecadores, y conozcan
Su enorme culpa, para lamentarle,
Que aquellos que lo ſon, y no lo creen,
De aborrecer con mas razon ſe hazen.
No ya de la perfidia compelidos,
Sus almas ſulquen los eſtigios mares;
Buſquen en el Puerto al vacilante vaſo,
Que en la Fè, yo aſſeguro que lo hallen.

Los diez y ſeis primeros en Eſtatuas,
Conducen las memorias de cadaver;
Pues ſi vivos la culpa cometieron,
Deſpues de muertos en la Hoguera paguen.
Y cinco Relaxados en perſona,
Porque ſon reincidentes, ſon eſtables
En la engañoſa Ley del Hebraiſmo,
Se ſiguen para horror de los mortales.
Si el Divino Maeſtro à los Eſcrivas,
Solicita arguyendo, el enſeñarles,
Por ſu boca, Evangelica palabra,
A vueſtra renuencia la perſuade.
Convenzaos el clamor, que os repreſenta,
El vivir, ò morir eternidades:
Ya en eſſe pavoroſo Centro obſcuro,
O ya en eſſas manſiones Celeſtiales.
Que la llama antepueſta les proponga,
Que les eſperan Etnas mas borazes,
Que los que tienen de aburar el cuerpo,
Que la infelize alma ſe la abraſe:
Dos Mugeres no inmuta: no me admiro
De ſu impia, cruel, abominable
Atrocidad; pues tienen de invencibles,
Quanto à ſu ſexo lo acredita facil.
El Hombre, con las otras dos Mugeres,
Segun indican exterioridades,
Van convertidos à la Ley de Gracia,
Quiera Dios, que à ſi miſmos no ſe engañen.
Siguenſe diez y ſiete Convertidos,
Al Gremio de la Igleſia nueſtra Madre,
Ocho Hombres, diez Mugeres, que felizes
Seràn, ſi permanecen inmutables.
De la piedad al zelo conmovidos,
Cavalleria, y Nobles Familiares,
Los Reos acompañan, à quien cerca
Batallòn de Soldados formidable.

En la miſma manera ſe conduce
Otro Reo, que infielmente exſecrable,
Negò la Ley de Chriſto, por la Secta
De los Mahometanos Alcoranes.
Otra Muger, en la confuſa turba,
A tanto horror, à tanto aſſombro, añade
La culpa, que caſandoſe dos vezes,
Vn Sacramento, loca, bulneraſſe.
El Hercules ſe ſigue, en quien eſtriva,
Como columna ſiempre inexpugnable,
Reverentes aplauſos de la Igleſia,
En la Fè de catorze Baluartes.
Llegan de la Merced al Sacro Templo,
Donde ſe deſtinò ſe practicaſſe
El Auto: Es Redempcion, ellos Cautivos;
Alli es donde ſe cifra ſu reſcate.
Portentoſo Teatro ſe ſublima,
A los Legisladores vigilantes,
Que por Mageſtuoſo, que por Regio,
No tuvo que añadir ſapiente el Arte.
De negros velos en ſu eſpacio enluta,
Deſde los elevados Alquitraves,
Quanta Divina copia formò el Leño,
Quanto ſe reverencia en los Altares.
Reſpetuoſo, grave, diò principio,
Leyendo los delitos, no explicables,
De los que bueltos à la Fè de Chriſto,
Solo deſſean el Reconciliarſe.
Continuaron deſpues con las Eſtatuas,
De aquellos infelizes miſerables,
Que de Moyſes à las antiguas Leyes,
Murieron en creencias obſervantes.
De los cinco leidos los Proceſſos,
Por tales culpas, por delitos tales,
Al Secular Dominio los entregan,
Porque recto execute lo que ſabe.

Pronuncia la Sentencia de que mueran,
  Cercenando el dogal viviente eſtambre,
  Y que el triſte eſpectaculo conſuma,
  Quanto la Hoguera en ſu Beſubio exale.
Excepto, ſi obſtinadas en ſu intento
  Las dos Mugeres, no ſe confeſſaren;
  Que previene, que entonces vivas ſean
  De la lumbre, carbones mas borazes.
O Divina piedad! y còmo brillan
  Tus eſclarecidiſsimos quilates;
  Pues ſentencias con tales madurezes,
  Tal cumulo de hereticas maldades.
Los tres al parecer ſe aprovecharon
  De Divinos Auxilios eficazes,
  Cediendo de la Argolla al torno duro,
  A Cloto los trofeos exorables.
Tenàz la otra Muger, ſubiò al Teatro,
  Mas (ò influxo Divino!) Que no obſtante
  Al Garrote fallece, perſuadida
  De los que ſon del Evangelio Atlantes.
No importa, no, que fuerte en ſus errores,
  Al vmbral de la muerte ſe llegaſſe;
  Que el arrepentimiento quando es fixo,
  A la Summa Bondad no llegò tarde.
Pero precita, fiera, y obſtinada
  La otra; no ay quien pueda, no ay quien baſte,
  A vencer de ſu error el deſvario,
  A rendir de ſu engaño lo conſtante.
Arde la Hoguera, y el bolcàn activo,
  No sè con què diſtinto và à buſcarle,
  Y à las ſolicitudes de la llama,
  Muere infelìz, por mas que las aparte.
Viva la Fè de Chriſto, exclama el Pueblo;
  Y aunque las vozes ſon innumerables,
  Siendo nacidas de tan alto aſſumpto,
  No confunden, ſe tienen por amables.



A los Reconciliados, la Sentencia
Del Alpa, los Açotes, ò la Carcel,
Se les dà, y alternando dulçes Hymnos,
Absueltos son de tantasceguedades.
Contritos piden ya misericordia,
A quien por ellos derramò su Sangre;
Y acabadas precissas ceremonias,
Es gloria, quanto horror causaba antes.
Ya si fue laborioso de la Abeja,
Dulçe estructura, fertiles panales,
Ardiendo cera en Batallòn de luzes,
Comunican hermosas claridades.
Coro de Serafines en los vientos,
En numeros vnisonos esparcen,
Las delicadas, las melifluas vozes,
Que en el Cielo, y la tierra à Dios alaben.
Acabòse la Missa (que solemne
Se celebrò) à las cinco de la tarde;
Y el Regio Tribunal dexando el Templo,
No dexò el Triunfo, porque en èl no cabe.
Alegres se equivòcan los acentos
De los mysteriosissimos Metales;
Puesto que se convierten en placeres,
Quanto triste afligia, como ayes.
Y pues eres Columna de la Iglesia,
Tu Dominio, tu Espada, se dilate,
Desde quanto en Iberia el Dauro riega,
Hasta donde se esconde el Eufrates.
Vive, y aquel viforme, fiero Jano,
Tan benigno te aumente las edades,
Que incorruptibles tus aplausos siempre,
No sean transitorios, sì inmortales.
Vive, pues, y los Triunfos de la Iglesia,
Y de tus Esquadrones Auxiliares;
Si el Catholico, fiel los engrandeze,
Aunque infiel, el Sectario los aclame.

D. R. D. L. M. Y. G.